

AQUEL DÍA

Willy Ronis

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ

Periférica & Errata naturae

AQUEL DÍA

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2021

TÍTULO ORIGINAL: *Ce jour-là*

© Mercure de France, 2006

© de la traducción, Regina López Muñoz, 2021

© de esta edición, Editorial Periférica y Errata naturae editores

info@editorialperiferica.com

info@erratanaturae.com

ISBN (Periférica): 978-84-18838-11-8

ISBN (Errata naturae): 978-84-17800-90-1

CÓDIGO IBIC: AJ

DEPÓSITO LEGAL: CC-000238-2021

COMPOSICIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA — PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.



PARAPENTE EN VALMOREL, 1992

Aquel día alberga un secreto. Yo tenía ochenta y dos años, y me dije que, si iba a la montaña, sería la última vez que podría esquiar. Había visto en los catálogos navideños algunos anuncios sobre el pueblecito de Valmorel, acababa de construirlo un equipo de jóvenes arquitectos siguiendo un estilo muy local y no desnaturalizaba para nada el carácter alpino y tradicional de la estación. Y era verdad, no había ninguna casa de gran altura como en Arcs o en tantas otras estaciones de deportes de invierno, sólo chalets de unos materiales preciosos: madera, piedra, tejados de pizarra... Y fue precisamente ese ambiente de pueblecito a la vez nuevo y tradicional lo que me sedujo. Así que allá que fui para pasar una semana.

Nada más llegar, solté los bártulos en el hotel y me dirigí a la oficina de los monitores para enterarme de cómo iba el asunto. Me apetecía apuntarme a un curso porque llevaba tiempo sin esquiar y no quería desaprovechar ni un día; sólo disponía de una semana, así que necesitaba unas cuantas clases de refresco.

Recuerdo bien el momento. Camino de la oficina vi en el cielo, para mi sorpresa, dos parapentes con sendos personajes enganchados a ellos. Entré y le pregunté a la empleada: «Disculpe, señora, ¿qué son esos parapentes con dos personas colgando?». «Verá, es que organizamos bautismos de vuelo en parapente para quien esté interesado». Y le dije: «¡Pues apúnteme! ¡Mañana empiezo!». Estaba deseando probar, entender qué experimentaba el cuerpo en pleno

vuelo. E hice tres saltos. Por supuesto, llevaba conmigo la cámara, de la que no me separaba jamás. Ni siquiera para saltar al vacío. No tenía motivos para separarme de ella.

En esta foto hay algo raro: es evidente que los esquís no son idénticos, pues en estos casos, al saltar, vas unido al monitor, con su vientre pegado a tu espalda, y por tanto tienes delante tu par de esquís y los suyos. Y por eso aquí salen los esquís derechos de ambos. Los de los pies izquierdos están fuera de plano.

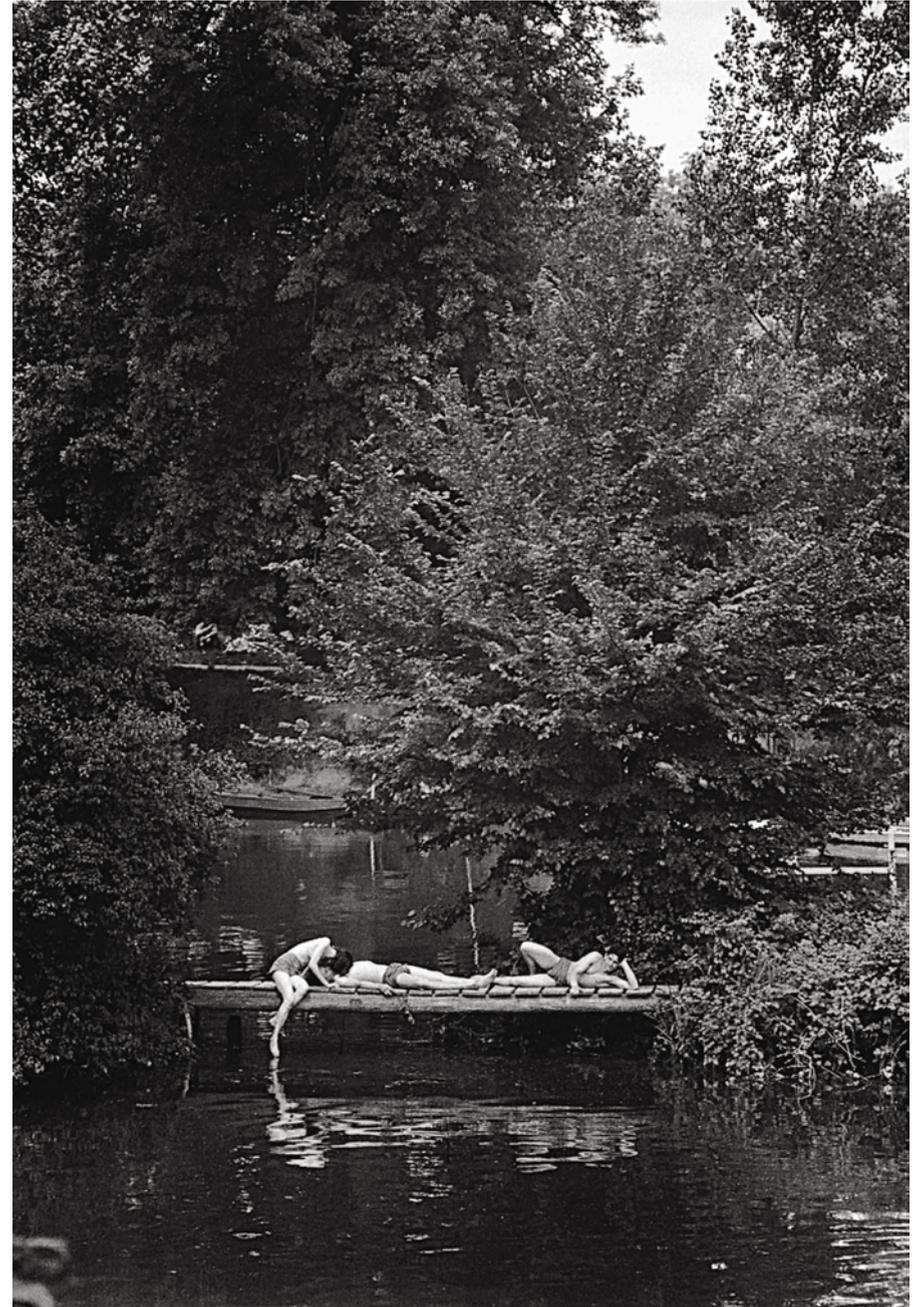
Es cierto que, a lo largo de mi vida, he valorado mucho todo lo que me sacaba de la rutina; por eso aquel día di mis clases de refresco y experimenté la felicidad de volver a esquiar, con cierta facilidad, debo añadir... Pero sin correr riesgos, claro está.

JULES Y JIM, 1947

Aquel día creo que era domingo, o puede que sábado, no me acuerdo muy bien. El caso es que yo había ido a dar uno de mis habituales paseos por las orillas del Marne. Poco después de la Liberación, se hablaba mucho de este sitio de moda donde la gente solía quedar los fines de semana, en un merendero, para comer mejillones y patatas fritas, o para hacer sus pícnicos, o para bailar, como en Chez Gégène o Chez Maxe. En 1947 aún había muchos merenderos así; fue allí donde empecé a hacer una serie de fotos sobre el tema, y a interesarme cada vez más por ese ambiente de libertad, de alegría de vivir recobrada. Muy franca, muy sencilla. Me pasaba por allí con asiduidad. Seguro que era domingo; en cualquier caso, recuerdo que el tiempo estaba tonto y yo andaba un poco preocupado pensando que tal vez hubiera hecho el viaje en balde.

Total, que seguí caminando, alicaído, sin esperar nada concreto. Hasta que, de pronto, vi en la pequeña pasarela que comunicaba los dos islotes de Champigny a estos tres jóvenes, dos chicos y una chica ligeramente inclinada hacia uno de los muchachos para darle un beso. Me pareció muy bonito, e hice la foto. Era como un cuentecito o una novela corta. Unos cuerpos aparecidos en sueños que no pedían más que estar ahí, los tres juntos, en perfecta armonía, con la vegetación exuberante alrededor. Esta foto, que se ha reproducido con frecuencia en revistas, fue para mí como un anticipo de lo que sería la película *Jules y Jim* de Truffaut, que se estrenó unos

años más tarde. La historia de una chica y dos chicos, su vida como un torbellino, la gracia de Jeanne Moreau y los sentimientos que orbitaban entre los tres. Todavía conservo la canción de Rezvani en la memoria, en la mirada, *elle avait des bagues à chaque doigt, des tas de bracelets autour des poignets...* En el fondo, ¿y si al captar esta escena fotografié una parte de esa película antes incluso de que se rodara, como una especie de premonición? Son cosas que pasan.





EL REGRESO DE LOS PRISIONEROS,
PRIMAVERA DE 1945

Aquel día estaba yo en la estación de l'Est para hacer un reportaje que me había encargado la SNCF, la compañía nacional de ferrocarriles, y mientras caminaba por la estación abarrotada, a la que iban llegando los prisioneros agotados, demacrados, en medio de una atmósfera muy perturbadora de tumulto y esperanza, me llamó poderosamente la atención esta enfermera que se despedía de un prisionero al que debía de haber cuidado en el convoy. Asistí, por tanto, a su separación. Me dije que el prisionero llegaba a París y que lo más probable era que alguien lo esperara, alguien que llevaba mucho tiempo esperándolo. Pero eso no lo sé en realidad, lo imagino, invento, ato cabos, me dejo llevar por mis ensoñaciones; sólo en el momento preciso en que revelé e imprimí esta foto me dejó conmocionado la mujer, porque su rostro presentaba una expresión tremendamente emotiva, cómplice y púdica a la vez.

Confieso que también en este caso me inventé una historia. Pensé: si esta mujer tiene a su prometido en París, o si está casada, y un día el marido encuentra esta foto, tal vez también se quede desconcertado, tanto como yo ahora, ante esta expresión tan intensa de su mujer, imaginará que ha habido una breve aventura entre el prisionero y ella; no, no tengo derecho a causarle tal impresión. Estaba seguro de haber inmortalizado un secreto. Hay que tener en cuenta que el viaje desde la frontera alemana hasta París duraba

varios días, había muchos controles por el camino, eran trenes lentísimos, la Liberación era aún muy reciente.

Por eso no quise entregar esta foto a la SNCF, que pretendía dejar constancia mediante el reportaje del gran empeño que la compañía ponía en la repatriación de prisioneros; me dije no, no, no debo poner esta foto a disposición del gran público. No la saqué en un libro hasta treinta años después. Había pasado tanto tiempo que el delito había prescrito.

Me gusta atrapar esos breves instantes de azar, donde tengo la sensación de que algo sucede, sin saber muy bien qué, y ese algo me perturba una barbaridad —todavía hoy se me hace un nudo en la garganta cuando me acuerdo—, pero no quisiera que esta emoción diera lugar a malentendidos.

LOS ENAMORADOS DEL PONT DES ARTS, 1957

Aquel día fue uno de los primeros de la primavera, las hojas eran aún diminutas, y yo paseaba por las orillas del Sena; disfrutaba mucho caminando por los *quais* con mi cámara. Ese año había fotografiado *Los enamorados de la Bastilla*. Recuerdo que subí a lo más alto de la columna porque la luz resplandecía de una manera especial, una luz invernal, de enero, muy blanca. Ella me guió, como es habitual, y gracias a aquella luz hice una de mis fotos más hermosas, que ha dado la vuelta al mundo. Se ha reproducido en postales, puzles, camisetas y pósteres. Me gustaba subir a la columna, iba mucho; desde allí arriba París lucía precioso. Iba solo, hacía unas cuantas fotos y volvía a casa. Hasta que un día vi a aquella pareja, de espaldas, contemplando el panorama. Los fotografié justo en el instante en que el chico le daba a su compañera un beso en la frente. Con suma delicadeza. Pensaba que sería una pareja de extranjeros hasta un día de 1988 en que me enteré de que regentaban un café-estanco, al otro lado de la columna, y que habían enmarcado el póster en una pared del local. Nos hicimos amigos; solía ir a tomar algo a su bar. Riton y Marinette. Eran de Aveyron. Y en el momento de la foto no sospechaban siquiera que entre las curvas del hierro forjado de la columna se veía un localito que más adelante se convertiría en su bar. Por aquel entonces aún no estaban ni casados.

Una estación había pasado desde aquel día de enero, y, como decía, yo iba caminando tan tranquilo por los *quais*. Me veo en la

obligación de cambiar al presente para contar lo que ocurrió después. Me fijo en una barquita atracada, y, en la barquita, sorprendo a una pareja sentada, curiosamente instalada. Hago dos fotos. Una primera, en la que el chico aún no besa a la chica pero se dispone a hacerlo: ese instante era el que me apetecía captar, esa especie de suspense en el que uno teme que tal vez ella no acepte, ¿sí, no?... Y la segunda foto la hice en el momento en que se consumaba el beso. Pero la que más me gusta es la que lo precede, con ese gesto fragilísimo, justo antes del consentimiento. Al revelar la foto, me di cuenta de que no había remos en la barca; simplemente, estaba amarrada a tierra firme. Debieron de meterse de un salto, para estar más aislados, supongo. A un lado se ve un automóvil viejo con la rueda de repuesto enganchada al portaequipajes; en años sucesivos dejó de fabricarse ese modelo. Tiene hasta estribo.

